

**1. EL UNIVERSO DEL ESPAÑOL
ANTE LOS NUEVOS DESAFÍOS DE LAS HUMANIDADES**

DOI: https://doi.org/10.31819/9783968693002_001

VIEJOS CONCEPTOS, CONTEXTOS NUEVOS

Vicenç Beltran
Università di Roma La Sapienza, Italia

Hace unos años, Karl Popper se preguntaba por las razones que permiten sostener la clasificación vigente de las ciencias y llegaba a dos conclusiones algo descorazonadoras: en primer lugar, cada ciencia está articulada como un sector independiente por la necesidad de la administración de controlar el trabajo de los investigadores, que somos sus empleados, en segundo lugar, y esta condición le parece y me parece más respetable, por la propia historia de cada disciplina, que la ha conducido a la acotación de un campo de estudio y a la creación de unos métodos que caracterizan, según sus teóricos, las distintas ramas del saber.

Ninguno de estos dos factores resulta estático ni inocente. Atendiendo al campo específico de los estudios sobre las lenguas humanas y sus respectivas literaturas, este se encuentra condicionado por múltiples circunstancias que inciden, a veces gravemente, sobre su desarrollo. El siglo XX vio la aparición de las llamadas “ciencias humanas” que venían a ser correlativas de las de siempre, pero centradas en los aspectos sincrónicos, limitadas a lo actual y más condicionadas por los métodos de las disciplinas incluidas desde antiguo bajo la denominación de “ciencias”; en parte se alimentaron de las nuestras tradicionales pero innovaron profundamente las metodologías; esta proximidad ha permitido numerosas interferencias: la sociología y la antropología, por ejemplo, han incidido fuertemente sobre nuestros métodos, así como la lógica formal. Estos se han visto también condicionados por el núcleo duro de las ciencias tradicionales: algunos sectores de las matemáticas como la estadística, o como la fonética, por no hablar de la informática, han aportado instrumentos de trabajo o metodologías antes insospechadas que nos han fortalecido intensamente. El conjunto de las ciencias históricas había vivido en permanente comunicación con los estudios filológicos durante el siglo XIX, en que las disciplinas del lenguaje ejercían un liderazgo hoy perdido; en la actualidad los estudios literarios han pasado a depender de la historia social y del pensamiento, que ha desarrollado métodos propios y muy eficaces, y ahora nos cuesta más, por ejemplo, entroncar con la historia de las artes, antes mucho mejor compenetradas con las nuestras.

El desarrollo actual de ramas como la teoría de la literatura, la lingüística teórica, la fonética, la gramática generativa o los estudios culturales y de género se deben a la acción de algunos de estos factores; desde este punto de vista el enriquecimiento resulta obvio, aunque la adaptación no resulta fácil y los costes, a veces, son muy elevados: el desarrollo de la sociología de la literatura tal como se practicó durante el tercer cuarto del siglo XX, tan estéril al final (al menos en el modo que entonces se entendía) debería incitarnos a la autocritica y servirnos de escarmiento ante determinadas innovaciones muy socorridas en nuestros días; su futuro dependerá del desarrollo metodológico y de la solidez de sus aportaciones, pero, sobre todo, de su emancipación con respecto a los factores extracientíficos que las hicieron nacer.

Nuestras perspectivas de futuro se encuadran más fácilmente si partimos del marco propio de las ciencias humanas e históricas, en las que se inserta naturalmente nuestra investigación: centrándonos en el campo de la historia literaria, incluso la más reciente, trabajamos sobre un pasado que tratamos de interpretar y esta interpretación está condicionada necesariamente por el punto de vista de nuestro tiempo: la forma en que se enfocaba hace cincuenta años el estudio de la Inquisición o de la literatura religiosa resulta inaceptable en nuestros días; la crítica fría de nuestros maestros resulta imprescindible, aunque en algunos casos pueda resultar hartamente incómoda. En segundo lugar, en la mayor parte de nuestros sectores de investigación resulta difícil validar o criticar nuestras hipótesis por su adecuación a los

hechos que, en las disciplinas históricas, conocemos solo a través de indicios o manifestaciones indirectas o no resultan fáciles de controlar por su complejidad; el análisis crítico de las hipótesis precedentes y de las nuestras depende en gran medida de una verificación radical de los datos manejados y de una evaluación cuidada de la capacidad explicativa de cada una de las propuestas, de las precedentes y de las que creemos innovadoras. La naturaleza de nuestro campo y de nuestros métodos afecta a todas las fases de nuestro trabajo, y la asimilación de formas expositivas tomadas de las ciencias experimentales (cuyos procedimientos de prueba descansan en la experimentación o la observación directa de los hechos) resulta empobrecedor cuando se aplica a estudios como los nuestros.

El itinerario de nuestras disciplinas impone asimismo otras limitaciones o condicionantes, tanto desde el punto de vista del campo de estudio como del de la metodología. En el primer aspecto, corremos el peligro de la circularidad: si seguimos estudiando el mismo campo con los mismos métodos, difícilmente enriqueceremos nuestros conocimientos; desde este punto de vista, los fenómenos excluidos por nuestros predecesores como no pertinentes han quedado muy a menudo fuera de nuestro campo de investigación, y su recuperación puede conducir a nuevas valoraciones o a nuevas interpretaciones. Si atendemos a nuestra personalidad metodológica, desde el punto de vista de la evolución de las ciencias humanas, el cambio de paradigma cultural y científico resulta positivo y salen beneficiados los sectores que mejor aciertan en cómo aprovecharlo; pondré un ejemplo muy simple: la ruina de la sociología marxista en las ciencias humanas resultó empobrecedora para los estudios literarios pero, por el contrario, potenció hasta límites antes impensables los estudios históricos, que acertaron en una reformulación radical de sus presupuestos ideológicos y metodológicos.

Descendamos de la perspectiva teórica al análisis de los contextos en que nos desenvolvemos. El estudio de las lenguas y de sus respectivas tradiciones literarias es un fenómeno reciente en la cultura occidental: nace con el Romanticismo y está estrictamente vinculado a los nacionalismos. Si la lengua y la tradición literaria están entre los constituyentes esenciales de las nacionalidades, adquieren un valor añadido que, en un primero momento, por las sinergias desplegadas y por su capacidad para atraer recursos, resultó muy enriquecedor pero condujo con el paso del tiempo a efectos esterilizadores: recordemos la eterna guerra entre individualismo y tradicionalismo, que murió de muerte natural cuando las potencias europeas dejaron de destrozarse entre sí. El Marqués de Santillana dejó constancia escrita de lo que en su tiempo era la simple descripción de una realidad, un hecho histórico: hasta su tiempo los castellanos habían escrito su poesía en gallego; en 1921, al prologar *La verdadera poesía castellana*, Julio Cejador lo desautorizaba porque, decía él, la lírica no se puede escribir en una lengua extranjera; el argumento es capcioso y contrario a la experiencia por lo que hoy nos hace sonreír, pero los efectos de estos prejuicios aún son visibles.

La decadencia del nacionalismo ha tenido consecuencias positivas y negativas. Si hace cincuenta años cada país había de tener su propia escuela filológica, hoy, por fortuna, estas solo se justifican cuando resultan competitivas a nivel internacional; desde este punto de vista, ha dejado de ser enriquecedor y se ha convertido en una limitación a superar. Desgraciadamente, desde que las sociedades actuales no le atribuyen a la lengua nacional y su literatura la función identitaria que antaño le concedían, nuestro trabajo ha perdido también una parte importante de su antiguo interés y la presión de países donde esta se manifiesta en formas distintas nos ha influido irremediamente: cuando la competencia cultural entre las potencias (Francia y Alemania, por ejemplo) se basaba en la antigüedad de sus fundamentos, los períodos originarios resultaban esenciales, cuando ha pasado a basarse en su actual poder de penetración, han perdido interés, y este habremos de recuperarlo desde otros puntos de vista, con otros argumentos. Hoy la literatura medieval ha de buscar justificaciones para mantenerse, la didáctica de las lenguas crece sola.

Estos cambios están en la raíz de una serie de fenómenos que, desde otros puntos de vista, han resultado muy enriquecedores; hace cincuenta años, las traducciones o las obras tenidas por tales estaban excluidas del campo literario: las novelas caballerescas no merecían la atención de los historiadores de la literatura por su dependencia de la tradición literaria francesa, aunque la novela artúrica fuera compartida por todas las literaturas europeas; apenas se dedicaba una atención marginal al *Amadís*, a pesar de ser una creación específicamente hispánica; las traducciones solo las tomaban en consideración

los estudiosos más especializados de los siglos XVIII y XIX porque sin ellas la rápida mutación de la novela y el teatro resultaba inexplicable. Hoy, la emergencia de la teoría de los polisistemas y, desde otro frente distinto, el auge de la traductología, han invertido la tendencia. Paralelamente, en el campo de la lingüística, el generativismo ha integrado fenómenos que los primeros estructuralistas habían relegado a la informalidad del habla o a las gramáticas casuísticas típicas del siglo XIX. Ahora bien, este es un legado cuyas huellas resultan profundas y, a menudo, perdurables: el tradicionalismo ha hecho que el estudio de las literaturas orales en verso, especialmente las antiguas, forme parte del canon literario español; sin embargo, están excluidas en las lenguas europeas con una tradición de cultura escrita antigua y consistente similar a la nuestra como la francesa y la italiana. Nuestra disciplina no es un objeto natural, que perdura idéntico a sí mismo a pesar del paso del tiempo como la molécula del carbón; ha sido modelado por generaciones de estudiosos y por las sociedades que los sostuvieron y este es el pilar sobre el que nos elevamos, pero también el fardo que nos impide volar. Sin ser conscientes de ello no alcanzaremos la altura crítica necesaria para desarrollarnos.

Tampoco podemos ignorar que el campo literario está incluido en otros campos más extensos como el cultural o el ideológico que marcan las características de nuestras sociedades. El canon de la poesía castellana antigua fue establecido por Marcelino Menéndez y Pelayo; su persistencia desde la primera edición de su *Antología* (1890) resulta sorprendente si lo comparamos con el envejecimiento irreparable de otras obras suyas como *Orígenes de la novela*, y no digamos su *Historia de los heterodoxos españoles*; sin embargo, sus efectos no han sido siempre negativos: el impulso dado por *La trayectoria poética de Garcilaso* de Rafael Lapesa (1948) al estudio de la poesía petrarquista, la única que Menéndez y Pelayo incluyó en el canon, consagró la vigencia de sus exclusiones, pero el impulso que recibió la parte más europea de nuestra historia literaria en tiempos de oscuro aislacionismo ha de juzgarse un importantísimo factor de modernización y de internacionalización cuyos efectos benéficos aún duran.

Aunque Lapesa concedió a la lírica cuatrocentista una relevancia que Menéndez y Pelayo le había negado, su recuperación tardó todavía medio siglo; su tumultuaria entrada en el ámbito de los estudios literarios durante los últimos treinta años no ha permitido todavía resolver otro problema grave: la exclusión de la poesía en octosílabos escrita durante los primeros ochenta años del siglo XVI, cuando basta ojear cualquier cancionero para darse cuenta de que fue cuantitativamente dominante y de altísima calidad: sorprendentemente sigue siendo extracanónica incluso la de Diego Hurtado de Mendoza. Estas inconsecuencias nos obligan a plantear otro problema: la función del canon en el trabajo del filólogo, su utilidad y las limitaciones que nos impone.

Resulta innegable la importantísima función que este ha desempeñado en la historia literaria y cultural de las sociedades desde sus orígenes, desde mucho antes de que el concepto hubiese sido claramente definido en los términos actuales. Como profesores tenemos el deber científico y moral de transmitirlo porque proporciona el elenco seguro de las obras comúnmente admitidas, aquellas que dan la imagen vigente de nuestras literaturas; podemos matizarlo y quizá debemos evidenciar ante nuestros estudiantes su relatividad y sus efectos negativos, pero nunca podremos ni debemos prescindir de él. Muy al contrario, como investigadores, aunque lo asumamos como propio y trabajemos en mejorar nuestra comprensión, nuestra función es criticarlo y cuestionarlo si realmente aspiramos a renovar el futuro de la disciplina, pues está anclado en concepciones culturales, sociales y estéticas sometidas al paso del tiempo y muy inestables en la sociedad actual; aunque contenga valores esenciales de nuestro pasado aún vigentes y operativos, los criterios para su valoración no permanecen estables y el cambio de los gustos exige actualizar su estructura, excluir las piezas más frágiles e incorporar las obras antes excluidas, pero afines a los cambios de la sensibilidad colectiva. La *Lozana andaluza* es un ejemplo paradigmático, pero podríamos encontrar mil más. O lo reformulamos o moriremos con él.

Somos los herederos de una disciplina cuyo objeto de estudio está muy arraigado en la conciencia de los países occidentales, pero no solo en ellos. La existencia de un canon literario y estético como fenómeno social y el *habitus* que imprime a la sociedad son hoy un fenómeno bien estudiado y lo podemos remontar a los primeros episodios en los orígenes de la literatura escrita, cuando el canon sumérico fue asumido por todo el Medio Oriente; o a la greco-romana, cuando nadie podía aspirar a una

posición social relevante sin su dominio. Por otra parte, la importancia, hoy mismo, de las literaturas antiguas en la vida cultural de los países que las poseen, pocos y privilegiados (India, China, Japón, Israel, los arabófonos) da fe de su función y relevancia en las sociedades humanas; desactivarla, aunque se empeñen los programadores educativos y culturales de nuestros países, no será tan fácil y, de conseguirlo, crearán una crisis cultural e identitaria de magnitud histórica. Es un argumento que, equivocadamente, no solemos invocar en la defensa de nuestros *curricula* educativos y en la elaboración de una política científica menos hostil. Sin embargo, la eficacia de este argumento está condicionada por nuestra propia actitud ante la tradición, que no puede ser ni continuista ni conformista.

El respeto que merezcamos estará condicionado por nuestra capacidad de mantener una posición digna en el ámbito de la vida cultural y en la productividad científica, campo al que me voy a limitar en esta exploración de nuestras perspectivas inmediatas. Para ello, resulta imprescindible mantener un alto nivel de competitividad internacional pero también una toma de posición crítica para con nuestro pasado inmediato; nuestros métodos de investigación y la consistencia de nuestro campo han de ser continuamente cuestionados pero con un criterio constructivo: la denigración del pasado fomentada por el estructuralismo tuvo un grave efecto *boomerang* que ha contribuido no poco al empeoramiento de nuestra posición en el mercado científico y cultural, y en este proceso han sido arrastradas las mismas corrientes científicas que más lo promovieron.

Nuestros errores del pasado tuvieron también un fuerte impacto sobre la situación actual. El estructuralismo y el espíritu esencialista que lo animaba produjeron una significativa reducción de nuestro campo de investigación, que renunció o minorizó, por ejemplo, la relevancia de las funciones culturales e ideológicas de la literatura sobre la sociedad, las mismas que, simultáneamente, fueron acogidas por las modernas escuelas de historiadores; el resultado está a la vista: ellos se enriquecieron, nosotros nos empobrecimos. En la actualidad hay una vuelta atrás en este camino y nuevas reivindicaciones del campo, pero limitadas a aspectos muy concretos de la actual vida social; el cambio de orientación ha de extenderse a otros ámbitos culturales y a otros géneros (permítaseme la licencia) si no queremos encasillarnos en la renuncia a muchas de nuestras posibilidades de futuro.

En cuanto a las metodologías, no podemos permanecer ajenos a la revolución del saber que se ha producido en nuestros días; he citado ya en estas páginas varios ejemplos muy significativos, pues proceden de campos tan alejados como ajenos a nuestras tradiciones, pero el futuro es incierto y cada día más abierto. Asimilar y recuperar los métodos de investigación cultural desarrollados por los historiadores se me antoja imprescindible, pero las posibilidades de innovación son, a buen seguro, infinitas e imprevisibles: baste pensar en la flexibilidad cada vez mayor de la inteligencia artificial o de los modelos matemáticos. O, sin llegar tan lejos, conviene observar, por ejemplo, la revolución de la arqueología de las últimas décadas al incorporar dos ciencias metodológicamente tan alejadas como la paleobotánica y la genética. La curiosidad intelectual y una formación muy abierta van a resultar esenciales, pero habrá que aprender también dos destrezas a las que estamos poco acostumbrados: la interdisciplinariedad y el trabajo en equipo.

Me permitirán que vuelva a citar a Karl Popper, quizá el teórico de la ciencia moderna más abiertamente hostil para con nuestras disciplinas: según él, las ciencias avanzan cuando las teorías caen y este es un principio que se cumple rigurosamente en las ciencias experimentales. En las nuestras, la importancia de las teorías es más reducida pero es cierto que los avances se producen cuando los paradigmas cambian y estamos poco acostumbrados a este proceso: nuestra tradición científica está muy ligada a las enseñanzas de grandes estudiosos cuya influencia puede sobrevivirles durante largo tiempo. Superar sus planteamientos no ha de ser considerado nunca un acto de desacato, aunque pueda resultar incómodo o parecer irreverente: los grandes maestros no son los que fosilizan su disciplina, sino los que preparan una generación de estudiosos capaces de superarles. El primer requisito para el futuro es el mantenimiento de un riguroso sentido crítico.

Bibliografía

ANDERSON, Benedict (2003): *Imagined Communities. Reflexions on the Origin and Spread of Nationalism*. London-New York: Verso.

BELTRAN, Vicenç (2007): “El canon del canon: hipótesis de trabajo para una futura literatura europea”. *Il canone europeo, Critica del Testo*, X,1, pp. 75-93.

— (2012): “Edat mitjana, ideologia i literatura”. *Literatures ibèriques medievals comparades. Literaturas ibéricas medievales comparadas*. Alacant: Universitat d’Alacant-SELGYC, pp. 113-132.

— (2016): *Conflictos políticos y creación literaria entre Santillana y Gómez Manrique: la Consolatoria a la condesa de Castro*. Madrid-Frankfurt: Iberoamericana-Vervuert.

BLOOM, Harold (1995): *The Western Canon: The Books and School of the Ages*. New York: Riverhead Books.

BOURDIEU, Pierre (1979): *La Distinction: critique sociale du jugement*. Paris: Éditions de Minuit.

EAGLETON, Terry (1995): *Ideology: An Introduction*. London-New York: Verso.

FINNEGAN, Ruth (1992): *Oral Poetry. Its Nature, Significance and Social Context*. Bloomington-Indianapolis: Indiana University Press.

FOLEY, John M (2002): *How to Read an Oral Poem*. Urbana-Chicago: University of Illinois Press.

GOODY, Jack (1994): *Entre l'oralité et l'écriture*. Paris: Presses Universitaires de France.

HAVELOCK, Eric Alfred (1996): *La Musa aprende a escribir. Reflexiones sobre oralidad y escritura desde la antigüedad hasta el presente*. Barcelona: Paidós.

KUHN, Thomas S. (2006): *La estructura de las revoluciones científicas*. México: Fondo de Cultura Económica.

LAPESA, Rafael (1948): *La trayectoria poética de Garcilaso*. Madrid: Revista de Occidente.

MENÉNDEZ Y PELAYO, Marcelino (1890-1916): *Antología de poetas líricos castellanos*. Madrid: Librería de Perlado, Páez y C^a, 14 vol.

— (1905-1915): *Orígenes de la novela*. Madrid: Bailly-Baillièrre e Hijos, 4 vol.

POPPER, Karl (1973): *La Miseria del historicismo*. Madrid: Alianza Editorial

— (2005): *Conocimiento objetivo: un enfoque evolucionista*. Madrid: Tecnos.

RICOEUR, Paul (1983): *Temps et récit*. Paris: Éditions du Seuil.

WHITE, Hayden (1992): *El Contenido de la forma: narrativa, discurso y representación histórica*. Barcelona: Paidós.